

de la pertinencia e incluso de la posibilidad de una comparación entre concepciones del mundo ya (de)terminadas. El teísmo no es realmente ninguna visión del mundo en el sentido contemporáneo que usa nuestro autor, sino la doctrina de la verdad.

El libro termina con el capítulo “De nuevo en el camino”, en el que se pregunta “hacia dónde parece dirigirse ahora el ateísmo” (p. 135). Aquí inquiere si el nuevo ateísmo supone un florecimiento de éste y cómo se está desarrollando en la universidad, especialmente en los departamentos de filosofía, teología y sociología. Y concluye: “En las áreas del conocimiento —tales como la filosofía, la política y la religión— donde no hay claramente un consenso universal de expertos, no hay nada que la gente *deba* creer” (p. 156).

En definitiva, se trata de un libro excelente con el que todo filósofo tendrá que confrontarse, antes o después, y con el que conviene medir las fuerzas si se quiere desarrollar una teología filosófica a la altura de nuestro tiempo.

Enrique Moros. Universidad de Navarra
enmoros@unav.es

PALMA RAMÍREZ, MANUEL

Michel Henry: Ser-hijo. La incesante experiencia de la vida, Ciudad Nueva, Madrid, 2019, 212 pp.

Este pequeño pero enjundioso libro presta un gran servicio al mundo filosófico hispanohablante, pues constituye una magnífica introducción —hoy en día la única como monografía— al pensamiento del filósofo francés Michel Henry, fallecido en 2002. Pensamiento este que representa paradigmáticamente el llamado “giro teológico” de la fenomenología: una de las aportaciones más originales de la segunda mitad del siglo XX, aunque bastante desconocida aún en nuestro país.

Aquí se muestra bien cómo, partiendo de la inspiración fenomenológica, Henry busca el fundamento radical de la experiencia más allá de lo experimentado y del sujeto que experimenta, más allá

de lo que aparece como fenómeno y del sujeto que contempla representativamente ese fenómeno: escudriña el experimentar mismo, el aparecer mismo. En este sentido, va más allá de la fenomenología “de la conciencia” de Husserl, pero sin proponer —como Heidegger— un vaciamiento lógico-existencial hacia el mundo. Más bien, ahonda en la inmanencia radical del experimentar descubriendo su fondo más originario: un vivir que se vive a sí mismo de modo pasivo y afectivo, y que permite que podamos vivir todo lo demás. Por eso su filosofía la caracteriza como una fenomenología radical “material”, o una filosofía de la vida en su sentido más hondo y absoluto.

El libro comienza con un lúcido prólogo de la profesora Malaguti, de la Universidad de Padua, que confirma la calidad del contenido. El primer capítulo se dedica a presentar la interesante biografía y bibliografía del filósofo francés, que da pistas para comprender la trayectoria de su pensamiento; y a continuación se suceden cuatro capítulos, cada uno con una introducción y una muy útil recapitulación. El segundo capítulo aborda las diferencias de Henry con la fenomenología clásica de Husserl. En opinión del francés, en la fenomenología husserliana las cosas aparecen como “objetos”, como algo exterior, de modo que su ser más propio queda oculto y nuestro vivir el objeto también, pues este no se limita a saber racional de las cosas. Es decir, la *epojé* husserliana debe profundizarse y llegar a la inmanencia del aparecer que se aparece o se vive a sí mismo; debe descubrir un modo de aparecer diferente al racional y diferente al exterior del mundo: solo esa inmanencia que se vive afectiva y pasivamente a sí misma puede constituir el comienzo radical de la filosofía, el descubrimiento del auténtico ser. Esta fenomenología de ese ser que es la vida subyace a la fenomenología de la conciencia, de la representación y de las regiones ontológicas. Es verdad que Husserl había hablado del “mundo de la vida” como el sustrato previo de toda experiencia, pero ello todavía —según Henry— desde un horizonte mundano o “exterior”.

El tercer capítulo trata directamente de la “vida” así descubierta. Es la vida “interior” que se experimenta a sí misma de forma inmediata; es más, que coincide con su manifestarse, porque es automanifestación afectiva. Se toca ahí la auténtica interioridad del ser:

una vida invisible, autoafectiva y pasiva; mejor, pasiva y activa a la vez, pues se autorrevela y por eso se autogenera. A continuación el autor intercala un interludio, donde expone cómo Henry muestra que el arte (concretamente en la pintura y en la literatura) constituye un acceso privilegiado a esa vida primordial. El cuarto capítulo se adentra ya en lo que se ha denominado “giro teológico” de la fenomenología. Entendiendo por este no la aplicación de su filosofía al fenómeno de la Revelación, sino la constatación apodíctica de que una auténtica fenomenología no puede tener por objeto la “Vida divina”, automanifestada en su *ipseidad* en Cristo (a la luz del Evangelio de san Juan). De este modo, Henry muestra que la Revelación cristiana exige al análisis fenomenológico una radical superación de la filosofía griega, demasiado centrada en la conceptualización desde las categorías mundanas, con las consiguientes consecuencias para la filosofía de la religión. Más concretamente, la Encarnación de Cristo (Verbo, Hijo y Vida) ilumina la densidad y la índole de la vida inmanente, también corporal, humana. Además, Henry abre la reflexión a la salvación del Cuerpo místico de Cristo, de los hijos en el Hijo.

Por último, el quinto capítulo incide en el acento o perspectiva que esta obra quiere subrayar en la filosofía de Henry, y que ciertamente es una clave esencial de su pensamiento: el ser-hijo. La vida finita del hombre necesita el fundamento de una Vida infinita de donde procede esa vida. Por eso el hombre no es nunca simplemente un ser-en-el-mundo, un ser mundano. Y si el ser humano tiene la vida recibida, entonces ha nacido y es hijo; ha nacido de la Vida, en la Vida, y es hijo en el Hijo. De manera que, ante el trágicamente actual olvido de la condición de hijo, es necesario un segundo nacimiento, como proclama el cristianismo. Este, además, abre a la ética, de modo natural y radical, la perspectiva de la necesaria relación con el otro, con la comunidad de los vivientes unidos en y a la Vida; una relación que solo puede ser amorosa, pues esta es la única conexión posible con la Vida, cuya esencia es autoafección. El libro termina con un colofón, que el autor titula “Repetición”, donde se condensa lo esencial de todo el libro.

En definitiva, se trata de un libro denso para cuya lectura hace bien el autor en recomendar paciencia, dada la originalidad y pro-

fundidad del pensamiento de Henry. Por eso es especialmente de agradecer el logrado esfuerzo por un texto claro, ordenado y relativamente breve, así como las ayudas de un vocabulario final y una detallada bibliografía.

Sergio Sánchez-Migallón. Universidad de Navarra
smigallón@unav.es

RINNE, PÄRTTYLI

Kant on Love, De Gruyter, Berlin, 2018, 189 pp.

Pärtyli Rinne pretende llenar con *Kant on Love* una laguna inadmisiblemente que se ha hecho presente de un modo persistente en los estudios sobre Kant. De ahí la necesidad de un punto de vista más cordial que complete este tipo de análisis a fin de contrarrestar la visión un tanto rígida y fría que habitualmente se ofrece del filósofo prusiano. Esta laguna se ha originado por la exclusiva atención que los especialistas han puesto en las dos mayores contribuciones kantianas a la filosofía moral, como ahora sucede con los *Fundamentos metafísicos de la moral* y la *Crítica de la razón práctica*. Sin embargo se ha prestado escasa atención a la *Metafísica de la moral*, donde se desarrolla un análisis más pormenorizado de la conexión existente entre las distintas formas de amor. Por ejemplo, la fusión que en esta época se produce entre las propuestas de Platón, Aristóteles y Jesús. Además, algunos autores han analizado obras particulares de Kant o formas específicas de amor. Sólo Streich lo habría intentado en 1924, pero sólo habría analizado el amor desde el punto de vista de la doctrina de la virtud. En cualquier caso solo se habría llegado a realizar un simple análisis moral, antropológico o simplemente religioso del amor, sin llegar a realizar un estudio completo y sistemático del lugar que el amor ocupa en el sistema kantiano, según se remitan a Dios o al prójimo.

Además, ahora se tienen especialmente en cuenta las obras de madurez y la evolución interna que experimenta el pensamiento kantiano, sin quedarse en un mero análisis de las posibles contra-